

Vigésimo Sexto Domingo del TO A2023

Quiero comenzar esta homilía con algunas declaraciones: La conversión del corazón es un paso importante para el florecimiento de nuestra relación con Dios. El crecimiento de nuestra relación con Dios depende de nuestra capacidad de arrepentirnos de nuestros pecados y regresar a Dios. Cada vez que alguien cambia su corazón, dejando atrás sus antiguas formas de vida y esforzándose por hacer la voluntad de Dios, Dios lo ama y le agrada. Conversión, entonces, significa dejar atrás los pecados, obedecer a Dios y hacer su voluntad. La cuestión del cambio de corazón y la obediencia a Dios al hacer su voluntad es el tema central del Evangelio de hoy, como se ejemplifica en la parábola de los dos hijos.

El primer hijo dijo “no” al pedido de su padre, pero luego cambió de opinión y fue a ayudarlo en la viña. El segundo dijo “sí” al pedido de su padre, pero luego no cumplió su promesa de ayudarlo. Tal como se presenta, la parábola plantea la pregunta de quién en realidad, entre los dos hijos, cumplió la voluntad de su padre.

El contexto real de esta parábola se refiere a la historia de la salvación. Los judíos habían sido los primeros en escuchar la palabra de Dios y aceptar su Alianza. Sin embargo, en lugar de ser fieles hasta el final, abandonaron sus caminos y se comportaron continuamente de manera ilícita frente a Dios. Incluso cuando nuestro Señor Jesús vino como cumplimiento de la promesa hecha a sus antepasados, ellos se negaron a creer en él. En la parábola, los judíos representan al primer hijo que dijo principalmente “sí” a su padre, pero no cumplió su voluntad ni fue a ayudarlo en la viña.

Los paganos, por el contrario, aunque primero rechazaron el Pacto de Dios, una vez que oyeron la palabra de nuestro Señor Jesús, cambiaron de vida y de opinión y creyeron en Dios. Representan, en la parábola, al segundo hijo que, en primer lugar, dijo “no” al pedido de su padre, pero luego lo pensó mejor y, al final, fue a ayudarlo. Estas personas, como los publicanos y las prostitutas, por haber cambiado de vida y creído en Dios, tienen derecho a entrar en el reino de Dios con exclusión de los primeros en llegar, a quienes no les importó alianza con Dios ni su ley.

Cuando nuestro Señor dice que incluso las prostitutas van a entrar al Reino de Dios antes que ustedes, no está idealizando la prostitución como si fuera un estado de vida normal. Simplemente hace una comparación con respecto a la gravedad del pecado de quienes lo rechazan obstinadamente y la verdad que representa. La prostitución seguirá siendo para siempre un pecado grave y una situación degradante que reduce a la mujer al rango de objeto de sexo.

Sería un error que cualquiera persona utilizara este texto del Evangelio así, prestando menos atención al carácter degradante de la prostitución, que hoy se ha convertido en una plaga en nuestra sociedad. Además, nuestro Señor tenía demasiado respeto por las mujeres como para no sufrir de antemano lo que serían si fueran reducidas a este estado. Lo que nuestro Señor aprecia en la prostituta no es su forma de vida, sino su capacidad de cambiar y de poner su capacidad de amar al servicio del bien a ejemplo de María Magdalena.

La parábola de los dos hijos es una advertencia contra la complacencia y una expresión de las formas en que la gente reacciona ante el mensaje de Dios. Muestra

que hay dos tipos de personas ante la palabra de Dios: las personas que siempre dicen “sí señor” por cualquier cosa, pero no cumplen su compromiso ante Dios. También hay aquellas personas que dicen “no” en primer lugar, pero cuando son tocadas por la gracia de Dios, se arrepienten y llegan a la obediencia de la fe.

La parábola también contrasta dos actitudes principales que encontramos entre los cristianos, es decir, el formalismo y el arrepentimiento. El formalismo es característico de los fariseos y de quienes actúan como ellos. Siempre están ahí para criticar a nuestro Señor por su apertura hacia los publicanos y los pecadores, como las prostitutas. El formalismo es una especie de encubrimiento porque todo se hace para el espectáculo y la apariencia sin ningún compromiso genuino con Dios. El arrepentimiento, por el contrario, es una expresión de apertura y realismo humanos, porque reconoce que siendo la vida humana un largo camino, siempre existe la posibilidad de que alguien cambie completamente el curso de su vida. L’apertura se niega a encerrar a alguien en sus errores y en su pasado; cree pacientemente en la posibilidad de conversión.

La historia de los dos hijos refleja la dicotomía entre promesa y acto, palabras y hechos, apariencia y honestidad. El primer hijo mantiene la apariencia; quiere aparecer como un buen hijo diciéndole a su padre que lo honrará trabajando para él. Pero la verdad es que tiene excusas; su corazón no está allí. Tiene asuntos más serios de los que ocuparse que ayudar a su padre necesitado. Después de haberle puesto buena cara diciéndole “sí”, no va a ayudarlo.

El otro hijo, por el contrario, en un acto de rebelión se ha negado a obedecer a su padre. Pero tiene buen corazón y siente remordimiento por haber sido un chico malo. En un movimiento de reflexión, se disculpa y va a ayudar al padre. Su tardío cambio de opinión le hace cumplir el pedido de su padre.

Al dar esta parábola, nuestro Señor quiere decirnos que el verdadero culto a Dios no es el del espectáculo y la apariencia, sino el que intenta hacer la voluntad de Dios. Cualquier promesa, por hermosa que sea, nunca podrá reemplazar nuestros actos. Nuestras bellas palabras nunca reemplazarán nuestros hechos. El hijo que dijo que iría a ayudar a su padre fue ciertamente amable. Pero cualquier cortesía que no vaya más allá de las palabras es, en cierto modo, hipocresía. Nuestro Señor nos enseña que ser cristiano es, ante todo, ser capaz de ser obediente a la palabra de Dios y actuar en consecuencia y no simplemente una cuestión de promesa. El incumplimiento de la plena promesa hecha a Dios puede costarnos la salvación eterna, mientras que la conversión del corazón es una garantía para la recepción de la vida eterna.

Ezequiel 18: 25-28; Filipenses 2: 1-11; Mateo 21: 28-32



Fecha de la Homilía: el 01 Octubre, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20231001homilia.pdf